

TRES PREGUNTAS SIN RESPUESTA

José María Méndez*

Iª parte

- A**. ¿Por qué Dios creó este desastroso mundo en que hay tanto mal? ¿No hubiera sido mejor que los seres humanos no hubieran existido nunca?
- B**. ¿Por qué los hombres son incapaces de controlar sus pasiones? ¿No hubiera sido mejor crearlos con más dominio sobre sus instintos?
- C**. ¿Por qué hay tanto dolor y sufrimiento? ¿Qué sentido puede tener el dolor, especialmente el dolor inocente de los niños?

PRIMERA PREGUNTA

1. El caso de Judas

El mismo Jesús comentó sobre él: «más le valiera no haber nacido»¹. Obviamente cabe generalizar la afirmación. Mejor hubiera sido que todos los hombres malvados como Judas no hubiesen aparecido nunca en la faz de esta Tierra. Y considerando la inmensa cantidad de crímenes, traiciones e injusticias acumuladas por el hombre, desde la Edad de Piedra hasta nuestros días, la total generalización de este hipotético deseo equivale a nuestra Primera Pregunta: ¿no hubiera sido mejor que los seres humanos no hubiesen existido nunca?

Pero si ésa hubiera sido la realidad, tampoco los hombres habrían hecho nunca algo bueno, excelente o digno de aplauso. No habría existido ningún Judas desde luego, pero tampoco tendríamos los altísimos ejemplos morales de Thomas More o Maximiliano Kolbe. Ni tampoco Haydn habría escrito sus sinfonías, ni Velázquez pintado Las Meninas, ni Miguel Ángel esculpido el Moisés, ni Cervantes escrito el Quijote. No tendríamos ejemplos egregios de valentía y coraje, como el de Agustina de Aragón, o de admirable caridad, como el de Teresa de Calcuta. No hubiera surgido en este mundo nada valioso, ni en

339



* José María Méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.

¹ Mt, 26,24 y Mc, 14, 21. El texto griego es el mismo en ambas citas, quizá tomado de una Fuente Q anterior: καλον ην αυτω ει ουκ εγεννηθη ο ανθρωπος εκεινος. Literalmente, «bueno fuera para él si este hombre no hubiese nacido». Tal como está expresada, la frase exterioriza más bien un sentimiento de pena o lástima, y no pretende ser una afirmación categórica que zanjase de raíz nuestra Primera Pregunta.

ética ni en estética. Tampoco habría ordenadores, ni teléfonos móviles, ni todos los ingeniosos artilugios que los hombres hemos construido recientemente. No hubiera habido ciencia, ni poesía, ni monumentos como las Pirámides o El Escorial, ni nada de todo aquello de lo que los hombres nos envanecemos con motivo. ¿Seguro que hubiera sido preferible?

2. Hipótesis todos buenos y nadie malo, pero no libres

En la duda, descartemos el drástico supuesto de la no creación del ser humano y pasemos a un segundo escenario menos expeditivo. Imaginemos que los hombres hubiesen sido creados, pero sin la posibilidad de hacer algo malo. Sólo podrían hacer el bien.

No hay que confundir esta nueva propuesta con la Segunda Pregunta, de la que hablaremos en el próximo artículo. Esta pide un mayor control sobre nuestras pasiones, no su desaparición. Pero la propuesta que ahora hacemos es mucho más drástica: que los hombres hubiesen sido creados sin libertad, incapaces de hacer el mal y sólo capaces de hacer el bien.

En rigor, creados como los animales, que no son responsables de ningún mal, aunque a nosotros nos parezca malo el lobo feroz que se come el indefenso corderito. Aunque el manso corderito es tan feroz como el lobo cuando se come la indefensa hierbecita. En el mundo de la naturaleza causal nadie obra responsablemente ni el bien o ni el mal.

O más exactamente, todo es bueno en la creación —*ens et bonum convertuntur* decían los medievales—, con excepción de la conducta del ser humano. La conducta de los animales siempre es buena en este sentido amplio. Actúan automáticamente, *secundum naturam suam*. Pero ahora estamos suponiendo que la excepción del hombre se suprime. También el hombre haría siempre y sólo el bien. Pero de manera no libre ni responsable, sino automáticamente, como los animales.

En este supuesto los seres humanos no habríamos traído mal alguno a este mundo, pero tampoco hubiésemos sido libres en sentido positivo, que es justamente la capacidad de hacer el bien y el mal. Hubiésemos sido animales que hacen de modo mecánico el bien, como ocurre siempre en el mundo de la naturaleza causal, donde todo lo que existe es bueno en sentido amplio y lo malo no existe.

Surge por ello la misma duda anterior, aunque un tanto modificada. ¿De verdad hubiera sido mejor que Agustina de Aragón, Teresa de Calcuta, Haydn, Velázquez, Miguel Ángel y Cervantes hubieran sido animales y no personas humanas?

Si tampoco nos resulta aceptable renunciar a la condición de personas dotadas de libertad, como exigiría esta hipótesis, habrá que pasar a un tercer escenario, que es el que coincide con la realidad. Es un hecho que el hombre ha



sido creado libre y capaz de hacer el bien y el mal. Y entonces lo lógico sería intentar hacer un balance objetivo del bien y el mal que la humanidad ha traído a este mundo.

El criterio para responder a la Primera Pregunta sería entonces el siguiente. Si en este mundo el mal excediera de hecho al bien, no habría tenido sentido la creación del hombre libre. Hubiera sido claramente preferible que los hombres nunca hubiesen existido. Y para conceder que la creación del ser humano haya estado justificada, tendríamos que convencernos de que, a pesar de las brutales y aplastantes apariencias en contra, el bien excede de hecho al mal en la historia humana.

Obviamente, al hacer este balance no tendríamos en cuenta el mal producido por terremotos, volcanes, sunamis u otras catástrofes naturales, sino únicamente el mal cometido por los humanos.

Sin duda es imposible contabilizar este saldo entre el bien y el mal, entre otras razones porque la historia universal aún no ha terminado. Sin embargo, Dios sí conocía de antemano ese saldo².

Lo conocía incluso en el Big Bang, cuando aún no había seres humanos, pero estaba ya previsto en la mente divina que los hubiera. Se supone que hace dos millones de años tuvo lugar la aparición del ser humano en África Oriental.

Si de hecho Dios decidió crear al hombre libre, hemos de suponer que el *saldo* entre el bien y el mal fue estimado previamente como favorable al bien. Tan favorable como para decidirse a crear el ser humano. De modo coloquial, digamos que Dios se metió en el peligroso negocio de crear hombres libres, porque sabía de antemano que en fin de cuentas era un buen negocio. No nos cabe en la cabeza que Dios crease al hombre sabiendo de antemano que el saldo iba a ser a favor del mal.

Obviamente nosotros somos incapaces de calcular ese *saldo* ni siquiera hasta nuestros días. La historia de la Antigüedad apenas nos es conocida, y no digamos nada la Prehistoria. No tenemos información suficiente para evaluar el siglo *xx*, algo que hemos vivido de cerca. ¿Qué sabemos en realidad sobre el mal que hacen los hombres? Si acaso, nuestra experiencia personal y lo que dicen los periódicos, revistas y libros de historia a que hemos tenido acceso. Y eso concediendo que dijeran siempre la verdad. Pero incluso así ¿qué pasa con las vidas de los que ni siquiera aparecen en esa información y son la gran mayoría?

Por tanto, en nuestra ignorancia sobre ese saldo, consecuencia de las limitaciones de la inteligencia humana, sólo podemos aspirar a hacer algunas conside-

² Aquí damos por supuesta la existencia de Dios. Cfr. MÉNDEZ, José maría: «La existencia de Dios hoy» *Altar Mayor*, nº 178. Además Dios es eterno, sin principio ni fin en el tiempo. Y desde Boecio sabemos que la esencia de lo eterno consiste en el *tota simul*. Todo a la vez. Nosotros conocemos las cosas una detrás de otra, de modo temporal. En cambio, Dios, que es intemporal o eterno, al crear al hombre libre sabía perfectamente el uso perverso que el hombre libre iba a hacer de su libertad.



raciones que nos inclinen al menos a admitir que *sería posible* que el saldo final entre el bien y el mal fuese en efecto favorable al bien, a pesar de las aplastantes y abrumadoras apariencias en contra.

3. Libertad positiva

Ante todo consideremos la noción de libertad humana en sentido positivo.

Poca gente distingue entre libertad positiva y negativa. La palabra *libertad* suscita en las mentes ordinarias, y aun en las de muy conspicuos pensadores, la noción meramente negativa y secundaria de ausencia de barreras o impedimentos a la acción humana³.

Sin embargo hay un concepto lógicamente previo: la libertad en sentido positivo, o sea, la capacidad de hacer el bien y el mal por la propia decisión, y la total y exclusiva responsabilidad del ser libre por lo que ha decidido y llevado a cabo. Si se trata del bien, y hay algún mérito en ello, será enteramente suyo y de nadie más. Y si se trata del mal, la culpa es enteramente suya y de nadie más. Es una noción axiológica.

En cambio, la libertad en sentido negativo es poder hacer el bien o el mal de una manera u otra, en un sitio u otro, en un tiempo u otro, en unas circunstancias u otras. Es una noción ontológica.

Los demás pueden limitar mi libertad negativa, pero no pueden arrebatar-me ni disminuir mi libertad positiva en un ápice, mientras siga estando vivo. Incluso si físicamente no me dejasen hacer más que una sola y única cosa, siempre la podría hacer para bien o para mal.

La libertad positiva es un concepto siempre en conexión con los valores. Hartmann llegó a decir que el hombre es *ein Schöpfer im kleinen*, un creador en pequeño. Y así es en efecto. Hacer el bien o el mal es un acto creador a partir de la nada. No admite comparación más que con la creación divina. Ahí está la máxima grandeza del ser humano. El bien y el mal nacen de las decisiones de la libertad positiva y nada más que de ella.

En lo ontológico, los movimientos de la mano de la madre que acaricia a su hijo, y los movimientos de la mano del asesino que asesta una puñalada, se remiten ambos en último término a Dios, como fuente de todo ser y de toda operación. Pero en lo axiológico, la *bondad* de la caricia materna y la *maldad* de la puñalada criminal proceden exclusivamente de la decisión libre de la madre y del asesino. Ciertamente los seres humanos, dotados de libertad positiva, crean



³ Santo Tomás habló de libertad *de ejercicio* y libertad *de especificación*. Fromm de libertad *para* y libertad *de*. Son terminologías que sugieren lo mismo, pero menos claras y precisas que la de Hartmann y Berlin, que usamos aquí. Cf. MÉNDEZ, José maría: «Las tres antinomias de la libertad». *Altar Mayor* n.º. 177.

ex nihilo el bien y el mal de sus acciones, en el mismo sentido en que decimos que Dios creó este mundo de la nada⁴.

Dios, al otorgar a un ser finito el don conjunto de la libertad positiva y del conocimiento axiológico, le eleva ciertamente al nivel de lo divino, lo crea a su *imagen y semejanza*. Es el supremo don. No podemos pensar en un regalo más sublime. No cabe imaginar una dignidad mayor. Si Dios renunciase a otorgar la libertad positiva a una criatura, estaría renunciando a lo más grande y excelente que podemos pensar. La liberalidad y magnanimidad de Dios llegan al máximo cuando concede a un ente finito el don de la libertad positiva y el inseparable complemento del conocimiento moral.⁵

Tanta es la grandeza de la libertad positiva, que una manera de responder a la Primera Pregunta podría ser ésta. Independientemente de cuál sea el saldo final entre el bien y el mal en este mundo, la creación de un ser libre es de suyo tan sublime, magnífica y excelsa que se justifica por sí sola. La libertad positiva es en sí misma el mayor bien pensable. Pone en segundo plano el balance entre el bien y el mal que los hombres realicen en este mundo. Mereció la pena crear a Judas, a pesar de su conducta posterior. El bien que hizo Dios al crearle libre es mucho mayor que el mal que Judas acumuló en su desgraciada vida. Y lo mismo cabría afirmar del resto de la humanidad, pasada, presente y futura.

Esta respuesta optimista a la Primera Pregunta tropieza con la observación de Jesús, recordada al principio. Según nuestra primera impresión, más sentimental que racional, lo que hizo Judas nos parece tan aborrecible, que sólo por

⁴ En la tercera antinomia de la *Crítica de la Razón Pura* Kant expone la libertad positiva como independencia de todos los impulsos que vienen de la naturaleza causal. Pero se trata de mucho más que eso. Se trata también de la independencia del hombre frente a Dios mismo. Si Dios crea un ser libre, lo respetará como tal. Sería contradictorio atropellar luego su libertad positiva. Por eso, la lógica exige pedir a la persona libre responsabilidades por el uso que ha hecho de su libertad. Pues junto con la libertad positiva el ser humano recibe el conocimiento moral, la distinción teórica entre el bien y el mal. La conciencia moral es justo esta percepción o intuición de lo valioso y lo antivalioso.

⁵ En su obra *De libero arbitrio* San Agustín empleó la palabra *predestinación* en el sentido de que Dios creó los seres humanos con la finalidad de que fueran felices con Él en el cielo (PL 44, 981). Pero respetando siempre su libertad. Nunca San Agustín pensó en una predestinación *ad pedem litterae*, que despojase al hombre de su libertad positiva. El hombre libre es dueño de su destino eterno.

Lutero, Calvino y los teólogos de los siglos *xvi* y *xvii* malinterpretaron radicalmente esa idea agustiniana y hablaron de predestinados al cielo o al infierno de antemano, con independencia de lo que hagan luego en esta vida. En este segundo y absurdo sentido, *predestinación* y *libertad positiva* son obviamente nociones incompatibles.

También San Agustín observó que el conocimiento previo por Dios de la conducta de un ser libre no interfiere con su libertad positiva. Si yo conozco bien al asesino dispuesto a disparar sobre su odiada víctima, e incluso sé de antemano lo que va a hacer, no por eso influyo en su dedo para que apriete el gatillo. Escribe San Agustín: «No repugna que Dios prevea los pecados de los hombres y que éstos pequen libremente, sin que Dios les obligue a ello [...]. Si me preguntan por qué Dios creó a Adán, cuya caída preveía, confieso que no puedo penetrar el misterio divino». (*De libero arbitrio*, Cap. III, Libros 2 y 3). Se trata justo de nuestra Primera Pregunta. Y reconoció que era incapaz de resolverla. Ciertamente no vamos a enmendar a San Agustín en este trabajo.





eso lo mejor hubiera sido mejor que no viniese a este mundo. Dios se habría equivocado al crear a Judas y a todos los Judas de la historia.

Pero esta apresurada conclusión debe ser rechazada. Sería volver a los dos escenarios antes rechazados, no crear al hombre, o crearlo como un animal. Esta reacción es meramente emotiva y sentimental. Por eso, en la Nota 1 ya se hizo constar que la frase de Jesús no hay que interpretarla como una opinión intelectual, sino que expresa un sentimiento de pena o de lástima. No se trata de lenguaje apofántico, sino parenético.

Por consiguiente, se impone racionalmente el hecho obvio de que Dios creó a Judas sabiendo de antemano lo que iba a hacer. Lo mismo que creó la humanidad entera, a pesar de saber de antemano lo que iba a ocurrir, y de hecho está ocurriendo y seguirá ocurriendo.

Igualmente es cierto que Dios es inocente del mal que hacemos los hombres. Es una consecuencia de la libertad positiva. Como vio con gran penetración San Agustín, esa presciencia de Dios no disminuye en un ápice la íntegra y exclusiva responsabilidad moral de un ser libre en sentido positivo. La responsabilidad del mal es del hombre, no de Dios. Por definición, Dios *no puede* hacer el mal. Es absolutamente inocente del mal que los humanos cometen en el uso perverso de su libertad positiva. El mal hay que atribuirlo enteramente al hombre libre⁶.

Todo lo cual apunta a que efectivamente Dios pensó –en una visión de conjunto sólo a Él accesible– que la creación del hombre iba a merecer la pena, por más que nosotros no lo entendamos, a causa de la opresiva y abrumadora presencia del mal en el mundo. Si Dios lo hizo, por fuerza tuvo que estar bien hecho. Sabía que el don supremo de la libertad positiva compensa de sobra el mal uso que pueda hacerse de ella. Cuando Dios creó al hombre libre hizo un bien *infinito*. El mal acumulado por los hombres en este mundo, por ingente y descomunal que nos parezca, siempre será *finito*⁷.

4. El primero de los operadores lógicos

Una vez formalizada la lógica, se impone recurrir a ella siempre que sea posible, si es que queremos de verdad ser serios y honrados intelectualmente. El afirmador-negador implica tanto el conocimiento o distinción entre la verdad y la falsedad, como la libertad positiva o capacidad de elegir entre lo verdadero y lo falso. Verdad y falsedad son las manifestaciones primordiales del bien y el

⁶ En las dos solemnes Declaraciones de Derechos Humanos, la de la Revolución francesa y la de la ONU en 1948, se habla de la *dignidad intrínseca e inalienable de la persona humana*. Se pone al hombre como fuente última del bien. Se olvida que esa dignidad proviene en realidad de los valores. El hombre es digno solamente en la medida en que vive valores. Y puede hacerse íntegramente indigno, si los viola. Ambas pomposas y pretenciosas Declaraciones están equivocadas de raíz. Dios, y no el hombre, es la fuente última de todo valor.

⁷ La terminología *finito-infinito* es siempre peligrosa a causa de los falsos infinitos actuales de Cantor. Pero evitada esa confusión, es la más intuitiva y clara manera de distinguir entre lo divino y lo humano.



mal. La lógica y el lenguaje constituyen el primer ámbito en que ejercitamos a la vez el conocimiento moral y la libertad positiva.

Con palabras como *alma*, *ánima*, *mente*, *persona*, *espíritu*, *alguien*, *quien*, etc. designamos, no sólo algo fuera del mundo de la naturaleza causal, sino precisamente el ente pensante y volente a la vez, poseedor del primero de los operadores lógicos, el afirmador-negador, y responsable exclusivo de su apuesta en la aventura de escoger entre el bien y el mal. Libertad y racionalidad están indisolublemente unidas, ya de entrada, en el afirmador-negador.

No tenemos acceso empírico a esa realidad inmaterial que llamamos generalmente *espíritu*. Pero todos tenemos conciencia de nuestro *yo*. Este *yo* es el ente poseedor de los operadores lógicos y el detentor de la libertad positiva. Hacemos las cosas y sabemos que las hacemos. Mentimos y sabemos que mentimos. Los animales en cambio hacen las cosas, pero no saben que las hacen. No son capaces de percibirse como un *yo*. Las palabras habitualmente usadas como *espíritu*, *mente* o *alma* tienen el inconveniente de que parecen sugerir algo visto desde fuera, como si se tratase de un objeto. Pero aquí no hay otra vía de conocimiento que la introspección, el percibirnos como un *yo*.

También la formalización de la lógica nos ha aclarado de una vez para siempre la triple correspondencia entre *Esse* y *Logos*, compactables en sólo dos correspondencias⁸.

Esta primera consideración sobre la excelencia del don bifronte *libertad positiva & conocimiento moral* debería bastar para concluir que Dios fue máximamente generoso al crear hombres libres y racionales, independientemente de lo que pudiera pasar después. Dios dona al hombre –si bien de modo finito o parcial– algo distintivo y exclusivo de la divinidad, el pensamiento y la libertad.

En consecuencia, todos los desastres y crímenes de la historia universal nunca invalidarán esa generosidad previa de Dios al hacer partícipes a los hombres de lo más profundo de su divinidad. Nunca lo entenderemos del todo con el corazón, pero al menos hemos de intentar aceptarlo con la cabeza.

⁸ Los dos conceptos básicos del *Logos* –validez, consistencia– se corresponden biunívocamente con los dos conceptos básicos del *Esse* –necesario, posible–. En efecto, la compactación en dos de las tres equivalencias, junto con el afirmador explicitado, lleva al siguiente resultado.

(sí válido ↔ necesario sí) & (no válido ↔ necesario no).

(sí consistente ↔ posible sí) & (no consistente ↔ posible no).

El hecho de que en el *Logos* el afirmador-negador vaya delante de los conceptos, y en el *Esse* detrás, basta para comprender que *necesario* y *posible* no son operadores lógicos, contra la errónea opinión más común.

Otra manera de decir lo mismo sería:

± Válido ↔ (Necesario sí & Necesario no)

± Consistente ↔ (Posible sí & Posible no)

donde ± Válido está por *hay valideces y contradicciones*, con contenidos distintos por supuesto. Igualmente ± Consistente está por *hay consistencias afirmadas y negadas*, con contenidos distintos obviamente. La frase *Dios existe* es tan inseparable de la frase *lo contradictorio inexistente*, como la posibilidad de que me toque el billete de lotería es inseparable de la posibilidad de que no me toque. Lo primero debiera parecernos tan obvio como lo segundo. Las tres correspondencias de partida son válido –necesario, consistente– posible y contradictorio-imposible. (Cf. MÉNDEZ, José maría: «El conocimiento moral». *Altar Mayor* N° 176.



«Icono del beso de Judas» (detalle)

Teniendo esto presente, volvamos a la cuestión, ahora ya vista como secundaria, del balance entre el bien y el mal en la historia de la humanidad. Si el saldo final fuera favorable al bien, se reforzaría nuestro convencimiento de que, aparte del bien infinito de crear seres libres, está el dato adicional de que el bien excede al mal en la historia humana. En cambio, si el balance fuera negativo, regresaríamos a la sospecha meramente emotiva de que más valiera que los seres humanos no hubiesen existido nunca, o que hubiesen existido como animales. El sentimiento de horror y espanto ante el ingente mal humano amenazaría de nuevo con obcecarnos.



5. Visión pesimista de la Historia Universal

Si nos comparamos con los humanos de la Edad de Piedra, sin duda hemos progresado enormemente en el aspecto material. Vivimos muchísimo mejor que ellos. Hemos avanzado en alimentación, comodidad, sanidad, educación, en todo lo que los economistas llaman *calidad de vida*. Y no digamos en conocimientos científicos.

Pero en el aspecto espiritual no hemos avanzado absolutamente nada. Seguimos siendo tentados por las mismas viejas pasiones de la codicia, la lujuria, la ambición de mando, la envidia; arrastrados por los mismos negros sentimientos del odio, el rencor, los celos, la venganza y el resentimiento. Vemos un enorme progreso técnico y económico, pero no vemos progreso moral alguno. En este aspecto seguimos estando en la Edad de Piedra.

La historia de la humanidad no ha sido más que un cúmulo interminable de

atrocidades y horrores. Lo ha sido siempre, lo es ahora, y seguirá siéndolo en el futuro. Copio dos noticias aparecidas en la prensa el 5 de febrero de 2018: «El padre del bebé de la niña de 11 años que dio a luz en Murcia es su hermano de 14. Un menor de 13 años mata a puñaladas a su hermano de 19 en Alicante tras una discusión». Y otra del 11 febrero, seis días después: «Un joven muerto tras una paliza en las fiestas de Carnaval en Ciudad Real».

6. Visión más objetiva de la Historia Universal

Sin embargo, una reflexión más serena nos llevaría a la conclusión de que en el mundo tiene que haber más gente buena que mala. Los medios de comunicación se hacen eco inmediato de un asesinato o un atentado terrorista. La infausta noticia llega a todo el mundo en cuestión de segundos. Pero alguien que no ha agredido ni molestado a nadie durante todo el día, ha cumplido bien con sus deberes, ha sido cariñoso con su familia y amable con sus vecinos, etc., eso no es noticia. De eso sólo se enteran los que están en contacto inmediato con esa persona concreta⁹.

Y sin embargo las personas buenas tienen que ser mayoría a la fuerza. Incluso una gran mayoría. Si no fuera así, la misma sociedad no podría subsistir. Los conductores que respetan las normas de tráfico exceden abrumadoramente en número a los que las violan. Y por eso es posible transitar por las carreteras. Si fuera al revés, si los que violan las reglas de tráfico fuesen mayoría, nadie en sus cabales se atrevería a coger el coche y ponerse en camino. En todos los países la población carcelaria se sitúa en torno al 0,5 % de la población total¹⁰.

Ocurre sencillamente que el mal hace mucho ruido y el bien no hace ninguno. La visión pesimista que tenemos de la historia humana es más emocional que racional. Sin duda nuestros sentimientos son sacudidos de manera tremenda por las terribles noticias que difunden los medios de comunicación. Golpean constantemente nuestra emotividad. Pero nuestros sentimientos son ciegos al conocimiento objetivo; no piensan, no razonan. Son emocionalmente muy sensibles, y nunca son imparciales.

Muchas otras observaciones nos encaminan a la misma conclusión. Cuando vemos la fotografía de un sangriento terrorista besando cariñosamente a su madre o a su hijo pequeño, nos repugna admitir que ese cariño pueda ser since-

⁹ Florenz Ziegfeld se hizo famoso por sus grandes espectáculos teatrales en New York en los años veinte. Era conocido como *El gran Ziegfeld*. Promocionó a Anna Held, su artista favorita, enviándole todos los días veinte galones de leche para que se bañara en ellos y mejorase así su piel. Se trataba en realidad de que los periódicos difundiesen esta extravagancia, que haría furor entre las mujeres. Ziegfeld no pagó la leche y provocó que los suministradores le pusiesen un pleito que apareció en la primera plana de toda la prensa. Cuando Anna le preguntó por qué no pagaba la enorme deuda, respondió: «Si pago, no salgo en los periódicos, que es de lo que se trata».

¹⁰ Que el 99,5 % de las personas acaben en el cielo es un pensamiento muy consolador. Pero aun así, el 0,5 % de toda la humanidad supone que los habitantes del infierno se contarán por millones.





ro y auténtico. Pero probablemente lo es. No hay nadie tan perverso que sea incapaz de hacer algo bueno alguna vez.

También el arrepentimiento, cuando se da de hecho, habría que apuntarlo en la cuenta del bien. También hay gente que reacciona como San Pedro, con lágrimas llenas de verdadera amargura y pesar. Recordemos el *De Profundis* de Oscar Wilde.

Nunca somos completamente objetivos e imparciales al juzgar en su conjunto la vida de los demás. Nos dejamos llevar siempre por nuestros vehementes sentimientos de repulsa hacia lo negativo en su conducta, y siempre lo sobreestimamos en nuestra valoración. No digamos, si han sido enemigos nuestros o nos han causado algún perjuicio.

Por tanto, aceptemos al menos que Dios no puede juzgar la historia de la humanidad tan superficial y negativamente como nosotros lo hacemos. Dios ve el bien que a nosotros pasa desapercibido. Admitamos al menos que ante sus ojos el balance entre el bien y el mal *pueda ser* objetivamente favorable al bien. Esta mera posibilidad es el dato que queremos enfatizar.

7. La persona precede a la sociedad

Hasta ahora hemos hablado más bien de la humanidad en su conjunto y no de las personas concretas. Pero el bien y el mal lo hacen los individuos, no los colectivos. La libertad positiva nos constituye en personas libres y responsables. Por tanto, reexaminemos lo anterior bajo la perspectiva de la persona humana individual. No se trata de la historia de los pueblos, las naciones o conjuntos de seres humanos, sino de la vida de las personas individuales. Cada uno de nosotros tiene su propia historia personal.

Por ejemplo, en las guerras o en las catástrofes naturales es donde precisamente más suele brillar el desprendimiento, el altruismo, el heroico sacrificio por los demás. Paradójicamente, el mal es ocasión para que reluzcan las más altas realizaciones personales del bien. El caso de Maximiliano Kolbe es un buen ejemplo de ello. Hace poco se ha repetido el gesto por un militar francés. Y podrían citarse millares de ellos. Y aún más numerosos son los casos que nos son enteramente desconocidos. O son conocidos únicamente por las personas que fueron favorecidas por la generosidad de quien tenían al lado en el momento de la desgracia o del peligro.

Si conociésemos la Historia Universal persona a persona, como Dios la conoce, probablemente entenderíamos mejor que hay una mayor cantidad de bien en el mundo de la que nosotros estimamos *grosso modo* ojeando cualquier libro de historia, y no digamos haciendo caso a los *mass media*.

Recordemos también que para Dios no hay tiempo. Todo sucede a la vez para Él (Nota 2). Por tanto, Dios creó a Judas conociendo de antemano cómo, dónde y cuándo iba a traicionar a Jesús. Y lo mismo cabe decir de todos los Judas

pasados, presentes y futuros. Nosotros conocemos, si acaso, algún Judas que se cruzó en nuestro camino. Los demás Judas contemporáneos nuestros no los hemos topado nunca. Los pasados y futuros nos son desconocidos en absoluto. Sin embargo Dios los conoce a todos, persona a persona. Y a pesar de ello les dio el ser, les regaló la vida en este mundo.

Y tampoco olvidemos que el hombre libre puede perder su felicidad, pero Dios no puede perder su gloria. Tanto los bienaventurados en el cielo como los condenados en el infierno darán gloria a Dios. Los primeros con su felicidad y su gratitud. Los segundos con su rabia y su desesperación. *Deus non irridetur*, como nos recuerda San Pablo, *de Dios nadie se burla* (Gal. 6,7). Todos daremos gloria a Dios, por las buenas o por las malas.



Expresión del mundo actual

Examinada la Primera Pregunta a la luz de todo lo anterior, Dios no arriesgó nada al crear seres humanos como Judas, Calígula, Nerón, Hitler o Stalin. Desde esta perspectiva, no hubiera sido preferible que no hubiesen nacido. Dios perdería la gloria que le siguen dando, posiblemente hoy mismo, en el infierno. En su frustración la vida del condenado adquiere sentido. No para él ciertamente, pero sí para Dios. La gloria de Dios es obviamente un absoluto. Nuestro sentimentalismo infantil y ciego puede escandalizarse, pero la racionalidad tiene la última palabra.

Es el hombre libre el que puede perder. Dios no puede perder nada. Sólo ganar. Somos nosotros los que corremos riesgos, no Dios. Por tanto, Dios pudo crear al hombre libre pensando en todas y cada una de las personas, pero preferentemente en los que iban a salvarse libremente. Muchos irían en todo caso





al cielo. Y los que vayan al infierno no empañarán la generosidad de Dios. Más bien sus gritos de rabia estéril proclamarán bien alto que la libertad es en efecto el máximo don que Dios les pudo regalar (Nota 10).

Dios no creó al hombre para que algunos se condenasen, sino para que todos se salvaran. Esto exactamente significa la palabra *predestinación* en San Agustín. Todos estamos predestinados, si damos a esa palabra su sentido exacto. Dios no crea el infierno. Lo crean los hombres libres, en este mundo y en el otro. Dios sólo crea el cielo.

Con todo debiéramos comprender esto. La grandeza de Dios al conceder el precioso don de la libertad es inseparable del riesgo de que algunos hombres usen torpemente del gran don que reciben. Más aún, es inseparable de que ese riesgo se convierta en amarga realidad. Por lamentable que ésta sea, no por eso queda menguada la grandeza de Dios.

«No odiaste nada de lo que creaste», dice el *Libro de la Sabiduría* (11, 24). Sin duda Dios no puede odiar a nadie, ni siquiera a los que se autocondenan al infierno en uso de su libertad positiva. Hemos de entender el comentario de Jesús sobre Judas, no sólo como expresión de pena compasiva, sino también de respeto por su libertad. Vuelve a brillar el valor grandioso y magnífico del don recibido y equivocadamente usado. Vuelve a quedar claro que el hombre puede perder su felicidad, pero Dios no puede perder su gloria. Vuelve a quedar clara nuestra dignidad de ser libres y dueños únicos de nuestro destino en el más allá.

8. Conclusión provisional de todo lo anterior

En resumen, una posible y provisional respuesta a la Primera Pregunta podría ser que Dios otorgó al ser humano el pensamiento y la libertad por tres motivos.

Primero, porque al crear al ser humano realiza el mayor acto de generosidad pensable, hace el mejor regalo imaginable.

Segundo, porque Dios sabía de antemano que el saldo en el Juicio Final iba a ser favorable al bien.

Tercero, porque todos, como personas libres y responsables, daremos gloria a Dios, por las buenas o por las malas.

Los motivos primero y tercero son, a mi juicio, aceptables para quien trata de razonar con objetividad y desapasionadamente. En cambio, el motivo segundo nunca nos convencerá del todo, pues el mal impresiona enormemente nuestros sentimientos, mientras que el bien escapa en su mayor parte a nuestra observación.

Por otra parte, esos mismos sentimientos se oponen a la mentalidad deísta, propia de Voltaire, que imaginaba a Dios completamente insensible a los sufrimientos humanos. Nada le importan, pues su gloria siempre está a salvo. Nuestra mente comprende a regañadientes la fría objetividad de este razonamiento. Pero nuestro corazón se rebela contra la idea de un Dios sin amor.

Pascal habló incluso de una *logique du coeur*. Nunca alcanzaremos una respuesta plenamente satisfactoria a la Primera Pregunta como ya vio San Agustín (Nota 5)

9. La Redención del hombre estaba prevista antes de su creación

Sin embargo de todo ello, la anterior conclusión tiene que ser provisional. Hay un cuarto motivo, que quizá sea el decisivo y fundamental, por el cual Dios pudo decidir la creación del ser humano, a sabiendas de todos los desastres que el hombre iba a acumular a lo largo de la Historia Universal, aún no terminada. Y a pesar de que algunos seres humanos, o muchos, vayan al infierno.

Precisamente porque Dios sabía previamente cuántos y cuáles iban a ser los pecados de los hombres, estaba decidido de antemano a darles una segunda oportunidad para ser buenos: arrepentirse y pedir perdón. La creación del hombre libre –Antiguo Testamento para los cristianos– y su Redención posterior –Nuevo Testamento– forman una unidad. Hemos de verlas como dos partes inseparables de un todo, por más que a primera vista nos parezcan dos mundos muy distintos.

Que la gloria de Dios siempre esté a salvo, y que todos los humanos hayamos de dar gloria a Dios, por las buenas en el cielo o por las malas en el infierno, lleva a una noción de Dios que nos parece inhumana. Nos repugna la idea de que a Dios le dé igual que los hombres se salven o se condenen, puesto que en cualquiera de los dos casos le van a dar la misma gloria. De nuevo tropezamos con el Dios de los deístas, o el motor inmóvil de Aristóteles al que no cabe rezar, porque ni siquiera nos escucha. Es insensible a las desgracias humanas. Tiene un corazón de piedra¹¹.

Pero nuestro corazón necesita el Dios encarnado, el Dios accesible y cercano, que viene a este mundo y se hace solidario de nuestras alegrías y tristezas aquí abajo. El Dios que tiene un corazón de carne. Un Dios con el candor y la ternura del Niño recién nacido en Belén. En Navidad nos fabricamos un cielo de juguete, por así decir, para tener a Dios lo más cerca posible de nuestro mundo. En esos días todos jugamos a ser amables con los demás. Nos hacemos niños para ser felices con Dios hecho niño. Lo sentimos más entrañablemente próximo que nunca. Ese es el sutil encanto de la Navidad.

Ciertamente se nos hace imposible compaginar satisfactoriamente por un

¹¹ La lógica moderna presenta a Dios no sólo como *Ipsum Esse*, sino además como *Ipsa Veritas*. Y la verdad es el primero de los valores, el que abre a puerta a todos los demás. El deísmo es más bien la absurda idea de un Dios separado de los valores, incluso del valor de la Verdad. Por el contrario, Dios es visto por la Axiología como *Valor Valorum*, fuente y origen de toda valiosidad. Amar los valores es lo mismo que amar a Dios. Los tres aspectos fundamentales y básicos de la Divinidad –*Ipsum Esse*, *Ipsa Veritas*, *Ipsum Pulchrum*– han sido designados en la tradición cristiana como *Padre*, *Hijo* y *Espíritu Santo*, porque ésas fueron las palabras usadas por Jesucristo.





lado la idea de un Dios que crea al hombre sometido en este mundo a terremotos, tsunamis, inundaciones y demás catástrofes naturales, aparte de las terribles enfermedades que nos alcanzan sin piedad, y por otro lado la idea de un Dios que se sacrifica por nosotros hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Sin duda, tanto la Creación del hombre como su Redención nos parecen dos hazañas dignas de la grandeza de Dios. Pero no podemos conciliarlas del todo en nuestra limitada inteligencia. Siempre nos asalta la tentación de pensar que Dios pudo hacer las cosas de modo que el hombre sufriera menos aquí abajo. Nunca entenderemos el valor positivo del sufrimiento.

Pero la Redención arroja luz nueva sobre nuestro tema.

En primer lugar, comprendemos que los que sean condenados finalmente al infierno se lo ganaron a pulso. Despreciaron la oportunidad de emplear su libertad para hacer el bien en vez del mal. Y despreciaron la siguiente oportunidad de arrepentirse y pedir perdón, que ahora entra en escena. Si reflexionamos un momento, quizá se atenúen nuestros espontáneos sentimientos de compasión por ellos. No cabe ignorar el empecinamiento terco y pertinaz del que se niega a pedir perdón, y que tantas veces observamos ya en este mundo.

En segundo lugar, si consideramos a Dios como *Ipsum Esse*, o el Padre, y como *Ipsa Veritas*, o el Hijo, y nada más que eso, llegamos inevitablemente a la idea de Dios cuya gloria está a salvo y al que los condenados el infierno darán la misma gloria que los bienaventurados del cielo. Pero siempre Dios ha sido visto también como *Ipsum Pulchrum*, como hontanar de la belleza y el amor, como fuente de los mejores sentimientos de nuestro corazón; Dios como origen de todos los valores estéticos. Para la gente sencilla no hay nada más consolador que orar a Dios visto como el Amor en sí. *Deus caritas est*, dice San Juan en su *Primera Carta* (4,8). Y hablando en general, Dios puede ser visto como *Valor Valorum*, expresión que puede extenderse hasta abarcar los tres supremos nombres divinos, *Ipsum Esse*, *Ipsa Veritas* et *Ipsum Pulchrum*. No podemos concebir a Dios ajeno a los valores que brillan en la vida estética.

Así pues, la Redención nos lleva a considerar también la tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. En Axiología se trata de los conceptos de *Belleza* y de *Amor*, siempre vistos como las dos caras de una misma moneda. La Belleza objetiva engendra el Amor subjetivo. *Quod visum placet* reza la fórmula clásica. Los valores estéticos que apreciamos en este mundo son el reflejo pálido y lejano del Espíritu Santo, visto como Belleza-Amor. Y con la enorme multiplicidad de sentimientos y emociones que despiertan en nosotros la Belleza-Amor, y que se manifiesta en la variedad e inventiva propia de la vida estética.

El *Logos* sin encarnarse aún, es la Verdad lógica propia del Dios con su gloria a salvo, al que antes nos referíamos, e insensible a las alegrías o tristezas humanas. Pero el *Logos encarnado* se convierte en Jesucristo, el Hombre-Dios, partícipe de todos los sentimientos positivos del corazón humano, de todo lo que amamos y anhelamos. Jesucristo se convierte para nosotros en la Trinidad

visible en la Tierra, *el Ser, la Verdad y la Belleza*. En el nivel teórico al menos, la tradición cristiana siempre ha unido en una misma visión de lo divino tanto el motor inmóvil de Aristóteles como el Niño Jesús de la Navidad.

Estas dos consideraciones nos invitan a ver la Redención de los pecados como inseparable de la Creación del hombre.

No es una idea nueva. Lo mismo pensaba Pascal, aunque en una perspectiva más psicológica que lógica. En último término, no tiene sentido admitir la existencia de Dios Creador, si no se acepta también la existencia de Dios Redentor. No se llega a una verdadera noción de Dios, si no incluimos ella a Jesucristo como Dios encarnado y salvador de la miseria humana. *«Hay dos verdades que van juntas: que existe Dios para el cual los hombres tienen una capacidad, y que existe una corrupción en la naturaleza humana, que les hace indignos de El. Es igualmente importante para los hombres conocer estos dos puntos. Y es igualmente peligroso conocer a Dios sin conocer su propia miseria, o conocer su propia miseria sin conocer al Redentor que puede curarla»*¹².

En todo caso, *Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él*, como nos recuerda San Juan en su Evangelio (3,15)

El hecho de que algunos hombres sean capaces de rechazar el perdón divino en nada disminuye la grandeza de la misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar a todo el que pida perdón. A primera vista nos puede parecer que Dios crea a Judas para servirse de él como medio para aumentar su propia gloria. Dios nos puede parecer un gran egoísta. Pero debiéramos darnos cuenta de que pensar así es volver a rebajar la sublime excelencia de la libertad positiva. «No es difícil superar la idea del infierno. Pero automáticamente pierden fuerza los conceptos de libertad y persona», dijo Berdiaev con gran penetración¹³. Dios también dio a Judas, Calígula, Nerón, Hitler y Stalin la doble oportunidad de ser bueno, y de perdonarles si hubieran pedido perdón.

Así pues, con la Redención aparece un dato nuevo y positivo a favor del bien. Hay que introducirlo en nuestro balance. Al bien que hayan podido hacer y harán los hombres en este mundo, hay que sumar el perdón que todos los arrepentidos de la Historia obtienen y obtendrán gracias al dolor de Cristo en la Cruz.

La Historia Universal se concentra en un punto del espacio-tiempo. La muerte de Cristo en la Cruz es el bien que sólo Dios encarnado puede hacer. Lo ha hecho para los que tienen fe. Los que no la tienen debieran admitir al menos que tal gesto de generosidad concuerda con la noción de Dios como *Valor Valorum*.

Bajo esta perspectiva el Judaísmo y el Islam nos parecerán también religiones malogradas, frustradas o imperfectas. Al rechazar la divinidad de

¹² *Pensées*. Ed. Léon Brunschvicg, (1914), VIII, n° 556.

¹³ BERDIAEV, nicolai: *Esprit et liberté. Essai de philosophie chrétienne*, Paris, 1933, pag. 34.



Jesucristo se automutilan como expresión de las relaciones del ser humano con Dios. Excluyen lo más grande que Dios puede hacer: perdonar. Algo más grande incluso que crear. El perdón como valor religioso es desconocido por el Judaísmo primitivo. Ni hay más que la venganza, ojo por ojo, diente por diente. No digamos ya el Islam, en cuyo seno ha nacido la *sharia* o guerra santa. Sólo el Cristianismo es la religión completa, la que incluye la Redención mediante la muerte de Cristo en la Cruz. Para los judíos, Dios es el Dominador terrible del Sinaí. Para los musulmanes, Dios es tan arbitrario que perdona todo a los creyentes del Islam y nada a los no creyentes. La Axiología –Dios como *Valor Valorum*– indica el camino para superar esas dos deficiencias.

10. Conclusión definitiva

La creación de los desastrosos seres humanos se explicaría en fin de cuentas porque Dios, al crear al ser humano, había determinado ya encarnarse y dar su vida en rescate por todos los pecados del mundo. Y eso sólo tiene sentido si la libertad positiva del hombre es respetada. Jesús en la Cruz no salva al ladrón que no se arrepiente, sino sólo al que pidió perdón. Aunque la muerte de Jesús tenga el mismo alcance salvífico para ambos.

Dios es grande y generoso al otorgar a una criatura el don divino de la inteligencia y la libertad positiva. Pero es más grande todavía al encarnarse y morir en la Cruz por todos los pecados del mundo. En el proceso es inevitable que algunos hombres se autocondenen, pues son libres en sentido positivo. Hay *daños colaterales*, como se dice ahora. Si todos se salvaran, difícilmente podríamos entender que hubiesen sido realmente libres.

Así pues, de todas las razones aducidas anteriormente la más decisiva es la Redención. Dios creó a los seres humanos para que fuesen libremente buenos y viviesen los valores, que son las perfecciones mismas de Dios. Pero su proyecto iba más allá, era de mayor alcance. Estaba previsto hacerse hombre y morir en la Cruz para llevar a todos al cielo.

Con todo, siempre nos seguirá pareciendo que no entendemos a Dios cuando vemos cómo los hombres se hacen tanto daño unos a otros. Y mucho más si somos nosotros los que sufrimos ese daño. No hay una respuesta a esta Primera Pregunta que satisfaga a la vez y de modo completo tanto a nuestra inteligencia como a nuestro corazón. ■

Nota:

En el artículo *¿Antropología o axiología?*, publicado en el número 182 de *Altar Mayor*, se produjo un error en la pág. 227, ya que consta «hay 1.080 protones o neutrones en el cosmos. En cambio se estima en 1.040.000 el número de elementos...», cuando lo correcto es 10 elevado a 80 y 10 elevado a 40.000, respectivamente.

